

LA DISCURSIVIDAD POLÍTICA VENEZOLANA¹

*Nelson Acosta Espinosa**

I

En toda su historia republicana Venezuela no había experimentado una crisis como la que acogota actualmente la vida institucional del país. Pudiera postularse que el tejido que dio forma a la existencia que cultivamos los venezolanos en el siglo XX se encuentra en su estado terminal. Sin lugar a dudas nos aproximamos a la fase de clausura de este ciclo histórico. Esta es una afirmación gruesa que apunta hacia la corpulencia de lo que está entrando en su momento decisivo. Así se explican las dificultades que experimentan los diversos actores colectivos en la búsqueda y concreción de una salida a esta crítica situación.

Válido es preguntarse entonces ¿Qué tejido ha entrado en crisis? ¿El político, el económico, el institucional o el discursivo? ¿La totalidad de ellos? ¿Existe implicación causal entre estas distintas dimensiones societarias? ¿La crisis política generó la económica? O a la inversa, ¿la disrupción económica engendró la conflictividad política? ¿La respuesta a la crisis a de ser exclusivamente política, económica o institucional? En un sentido más amplio ¿es el carácter de esta mutación de orden discursivo? ¿Cuál será su lógica?

Desde luego que las variables económicas, sociales y políticas hacen juego en el campo donde se desenvuelve esta profunda conflictividad que afecta a la nación venezolana, pero ellas por sí

*Profesor de la Universidad de Carabobo. ancosta@cantv.net
(Este trabajo se inscribe en el Programa PENSAR AMÉRICA LATINA (PAL).
Director Responsable Prof. Roque Carrión. CELIJS. Universidad de Carabobo,
Valencia, Venezuela. recw@cantv.net)

¹ Estas breves líneas recoge las ideas contenidas en el ensayo “Venezuela culture and politics in four times”. Center on Latin American and Iberian Studies. Yale University, December 2002.

mismas no explican el carácter global de esta convulsión social. Lo novedoso de esta crisis es su condición orgánica que atrapa con su lógica hasta los más mínimos intersticios del cuerpo social: Lo colectivo y lo individual; lo terrenal y lo espiritual. Pero, ¿cuál es el carácter de esta lógica que arroja y le proporciona sentido a esta crisis orgánica que confronta el país? ¿Qué “orden de las cosas” se encuentra en proceso de transformación en Venezuela?

Es sustantivo intentar responder a estas interrogantes, las cuales deberían ser objeto de un gran debate nacional. Un debate, desde luego, en el plano de las ideas. En nuestro caso intentaremos proporcionar algunas respuestas a las interrogantes planteadas, no sin antes advertir que este ejercicio tendrá un talante académico y teórico. Este tono es imperativo por dos razones. Primero, por la necesaria rigurosidad que debe impregnar toda práctica intelectual y, segundo, porque la realidad social genera sus propios principios abstractos sobre los cuales organiza su funcionamiento.

Comencemos por señalar que la teoría del discurso se caracteriza, entre otros aspectos, por identificar los significantes y sus relaciones en el marco de un determinado horizonte discursivo. En forma sucinta se puede postular que el significado se genera a partir de las diferencias existentes entre los significantes; y éstas pueden ser de dos tipos: sintagmáticas (relativas a la posición) y paradigmáticas (relativas a la sustitución). En el primer caso predomina la combinación; en el segundo, la sustitución y contraste funcional de las diferencias. Por ejemplo, las combinaciones lineales de unidades lingüísticas en oraciones, constituyen relaciones sintagmáticas; por su parte, la sustitución o equivalencia de una palabra por otra, con igual significado dentro de la oración implica una relación de carácter paradigmático. Las identidades discursivas se encuentran inscritas en ambas cadenas de significación: la que enfatiza su valor diferencial y la que refuerza su valor equivalencial. De tal manera que la tensión que se genera entre ambos aspectos de las identidades discursivas (sintagmáticas y paradigmáticas) es insoluble; y la lucha política puede inclinar la balanza hacia uno de estos dos polos.

En las líneas que siguen intentaremos delinear un esquema teórico con el cual aspiramos interpretar la discursividad política

venezolana. En este sentido pudiéramos postular que este campo se ha estructurado históricamente en torno a dos lógicas: la sintagmática o de la diferencia y la paradigmática o de la equivalencia. La primera, es una lógica que implica la inclusión del mayor número de diferencias posibles, y en consecuencia no simplifica, sino que hace más complejo el campo social y político; es decir, en ella coexisten y se interrelacionan diversas identidades: políticas, sexuales, étnicas, rurales, ambientales, culturales urbanas, regionales, etc. Esta lógica discursiva hace vinculante el arbitraje democrático, la tolerancia como forma de vida y la articulación de la cultura con la política. Por su parte la lógica paradigmática o de la equivalencia, tiende a organizar las distintas identidades en cadenas de equivalencia con la finalidad de negar un “otro” que, supuestamente amenaza su existencia, simplificando así el ámbito de lo político, y en consecuencia, reduciendo el espacio para el despliegue del juego democrático y la ampliación cultural de la política.

Cuatro momentos ilustran esquemáticamente la estructuración de éstas dos lógicas en la historia de Venezuela:

Un primer momento: Ruptura del nexo colonial. Aquí enfrentamos una situación donde se cuestionó el principio de legitimidad sobre el cual descansaba el poder colonial. Esta escisión se llevó a cabo desde un discurso que no encadenaba connotativamente las otras voces constitutivas de la realidad venezolana de la época. Ello trajo como consecuencia, por un lado, la ausencia de la necesaria condensación discursiva indispensable para proporcionar legitimidad al nuevo poder republicano y, por el otro, el fracaso del proyecto bolivariano y la destrucción del núcleo social portador de este proyecto. De hecho, la independencia puede considerarse como un acto preventivo que tenía como objetivo la permanencia de la estructura de poder sobre la cual se asentaba la supremacía social y cultural de la minoría mantuana. Esta circunstancia histórica ayuda a explicar porque el romanticismo bolivariano no pudo articularse con las creencias populares que interpelaban a la mayoría parda/negra de la población.

Un segundo momento: Los regímenes oligárquicos liberales. Estos regímenes adoptaron un discurso que enfatizaba el carácter

evolucionista de nuestro acontecer y otorgaba a la geografía y al sustrato étnico un papel determinante en este devenir. En este sentido proyectaban una visión del país estructurada en términos de tensión entre disgregación e integración social y concebían el acto de gobernar como una escogencia entre civilización y barbarie. En el marco de esta lógica la capacidad expansiva de esta modalidad discursiva era muy limitada. De hecho, estableció nexos connotativos exclusivamente con los significantes que afirmaban positivamente la identidad de los portadores del polo “civilizatorio” (blanco, mantuano, europeo, letrado, urbano, propietario, católico, etc.); ello implicó un rechazo a las tradiciones populares en tanto que éstas eran símbolos de atraso, oscurantismo, estancamiento y barbarie. En el marco de esta gramática resultaba difícil construir una lógica de la diferencia que connotara lo popular y, en consecuencia, proporcionara legitimidad expansiva a este arreglo político. A lo largo de este período histórico la Torre de Babel republicana se caracterizó por una cacofonía de voces en permanente disonancia.²

Un tercer momento. La adecuación. A partir de la tercera década del siglo XX se inicia una nueva etapa en la construcción discursiva de lo político en Venezuela, cuyo dispositivo simbólico he denominado en otros trabajos como **la adecuación**, y que bien pudiera ilustrar la lógica definida como de la diferencia. Este nuevo espacio societario permitió el reconocimiento de los rasgos definitorios (étnicos, raciales, sociales, culturales, educativos) de los sujetos excluidos de la práctica política en el período anterior u oligárquico-liberal. Estos significantes no serán organizados en relaciones metonímicas mutuamente excluyentes. Ser blanco, oriental, mestizo, católico, propietario, campesino, negro, andino, indio, alfabeto, coreano, iletrado, urbano, llanero, etc.; constituyeron realidades por sí mismas. El horizonte discursivo en este período

² Entre 1830 y 1900 hubo 39 revoluciones significativas y 127 revueltas menores. Entre 1856 y 1899 hubo 416 batallas; un promedio de 10 batallas por año. Véase: Córdova, Amando y Garicochea Manuel (1966), *Inversiones Extranjeras y Desarrollo Económico*, FACER, Caracas, p. 47; Liscano, Juan (1963), *Aspectos de la Vida Social y Política de Venezuela*, en *150 Años de Vida Republicana, 1811-1961*. Ediciones Presidencia de la República, p. 191.

histórico se caracterizó por la sutura de los márgenes de un nuevo espacio político en el que la existencia real y simbólica de estas identidades, paulatinamente, fue recocida y reafirmada.

Desde entonces están presentes en el espacio público de la política venezolana significantes heterogéneos constitutivos de la identidad popular, tales como: joropo, culto a María Lionza, boleros, procesión de la Divina Pastora, rancheras, santería, partidos, oralidad del pueblo “arrecho”, “ciudad letrada”, sindicatos, asociaciones, federaciones empresariales, caraquistas y magallaneros, etc. Este conjunto disímil de determinaciones coexistirá desde entonces en el espacio político venezolano y proporcionaran contenido sustantivo a su nacionalidad. Acción Democrática logró procesar esta dimensión popular de los sujetos de acción colectiva y arbitrar los antagonismos que generaba la coexistencia plural de las diferencias. Obviamente, este proceso será apuntalado por el inicio de la producción petrolera, el aumento del presupuesto nacional, la migración rural-urbana, el crecimiento de los sectores medios, una mayor complejidad institucional y una percepción más internalizada del Ser venezolano en la población.

Un cuarto momento. El chavacismo. A finales del siglo XX el sistema político venezolano mostraba hondas insuficiencias para procesar las demandas provenientes de nuevos grupos sociales. La imagen que reflejaba el espejo político de la época no era unitaria. Se encontraba fragmentada en una diversidad de sujetos, desigualmente jerarquizadas. Vale decir, no hegemónicas. Esta situación generó la oportunidad para construir una nueva cadena de equivalencia. Así por ejemplo, la lucha por reivindicaciones **particulares** como: educación, vivienda, salud, empleo, seguridad, democracia sindical, participación, derechos humanos, transparencia administrativa, autonomía municipal, apertura económica, honestidad pública, privatización, descentralización, competitividad, desregulación de la economía, etc., expresaban algo **común** a todas estas confrontaciones: rechazo al régimen de partidos y un anhelo de cambio político, que a pesar de su heterogeneidad y, en muchos casos, de su carácter contradictorio, connotaban el creciente desapego de la población hacia el entramado institucional que caracterizaba este

momento político venezolano. Es un hecho reconocido como en la década de los ochenta, se acentúa el debilitamiento del espacio de lo público, iniciado en el país a finales de los setenta. Esta fragilidad se expresó en la fragmentación de las viejas identidades políticas, en la desarticulación de las formas tradicionales de hacer política y en la “liberación” de los símbolos populares articulados a los partidos políticos que ejercieron los roles protagónicos en Venezuela después de 1950.

Esta situación de incertidumbre discursiva generó la posibilidad para que nuevas invocaciones políticas intentaran hegemonizar el campo de lo público en Venezuela en la última década del siglo XX. En este contexto las interpelaciones articuladas al “**chavecismo**” lograron condensar estas demandas en una cadena de equivalencia, que de manera **coyuntural**, proporcionó la plenitud política que estaba ausente en la sociedad venezolana. Esta nueva cadena de equivalencia desplegó su lógica en el marco de la tradición democrática que se había estructurado en Venezuela a lo largo del siglo XX; proporcionándole así, la “materia prima” a partir de la cual se inició la construcción de esta nueva propuesta política. Sin embargo, parece conveniente resaltar que esta articulación con la memoria pasada, si bien explica, por un lado, su relativo éxito en apropiarse de cierta simbología popular; por el otro, da cuenta de las dificultades políticas que en la actualidad confronta el actual gobierno al intentar desechar la democracia como valor y forma de vida. Como ya lo hemos indicado en sus inicios el chavecismo se caracterizó por atraer hacia su polo de gravitación política los símbolos populares tradicionalmente articulados al proyecto modernizador encarnado por los partidos políticos Acción Democrática y COPEI. Pero a pesar de ello no logró articularse plenamente con las tradiciones de comportamiento democrático presentes en la sociedad venezolana. Por el contrario, desplegó una estrategia discursiva populista que fragmentó maniqueamente el campo de lo político entre pueblo y oligarquía, atribuyéndole a cada uno de estos polos virtudes éticas y morales excluyentes. En otras palabras, las determinaciones del polo popular (raciales, culturales, religiosas, valorativas, conductuales, etc.) se organizaron en una cadena de equivalencia cuya única

significación fue la negación (racial, religiosa, social, cultural, etc.) del llamado polo oligárquico. Esta retórica fundamentalista dificultó la construcción de espacios para la negociación, dando como resultado, entre otros, los trágicos sucesos del 11 de abril, el subsiguiente golpe de estado, el paro cívico del 2 de diciembre con sus dramáticas consecuencias y el empate hegemónico que caracteriza la actual situación social y política que vive el país.

Es evidente que la discursividad política predominante lejos de ampliar, tiende a simplificar el campo de lo político. Esta simplificación acarrea que la agenda social, económica y cultural del país se transforme en un campo de batalla en donde distintos grupos sociales intentan imponer sus irreconciliables objetivos. Es en este sentido que pudiera hablarse de una **cancelación de la política**; válido para ambos polos en confrontación. Ello es así, en tanto el bloque opositor ha planteado la lucha en términos maximalistas: **Chávez vete ya**; mientras el oficialismo, por su parte, va en camino a sustituir la actividad política por un **petro dirigismo estatal** (Karl, 1997) de talante autoritario. Este parece ser el marco dentro del cual debería leerse la confrontación en torno al control de la industria petrolera y los ataques a que están siendo sometidos núcleos de la economía privada en nuestro país. De hecho los resultados de este conflicto, hasta el momento de escribir estas notas, parecieran orientados a ampliar la discrecionalidad del Estado, incrementar la concentración del poder en el ejecutivo y reforzar la tradicional conducta rentística y distribucionista que caracteriza al petro-estado venezolano. El resultado neto de ambas posiciones fundamentalista puede ser, insistimos, la cancelación de la política y su sustitución por un autoritarismo asentado sobre el carácter rentístico del Estado venezolano.

Es importante resaltar que esta tendencia se ha visto reforzada por el hecho de que el chavecismo en sus cuatro años de ejercicio gubernamental ha privilegiado una visión instrumental del Estado; vale decir una agencia que puede ser conquistada y ocupada por el partido mayoritario después de las elecciones y ser usada como instrumento al servicio exclusivo de sus políticas. En concordancia con esta visión, las tácticas desplegadas por este movimiento político

han desestimado la existencia de realidades políticas que se imponen y actúan independientemente del “tamaño” de su victoria electoral. He allí, a nuestro juicio, una de las razones que inciden en la situación de turbulencia y confrontación que caracteriza el clima político de la Venezuela actual.

En este cuadro de deplorables circunstancias que vive el país, importa significar la vocación que profesan los venezolanos hacia los valores democráticos, que trasciende el juicio negativo que la población tiene sobre los partidos y el desempeño del aparato del Estado. Ignorar esta tradición de comportamiento del venezolano es una omisión teórica; sustituirla por una visión maniquea de la política constituye un error de carácter estratégico. La “paz,” vale decir: la construcción de un consenso político democrático, no ha de ser remplazado por la “guerra”. Las relaciones políticas, no deben ser estructuradas en términos del binomio amigo-enemigo. Es preocupante observar como durante la última década el discurso democrático en nuestro país, ha estado dominado por una relación antagónica entre chavistas y no chavistas. Lo peculiar de esta relación es la introducción de la dimensión social al campo de las identidades políticas. A diferencia del período histórico anterior, esta versión del discurso democrático, no busca la articulación, sino la polarización de estas diferencias. En este contexto solo el exterminio del “otro” proporcionaría salida al conflicto social y político en Venezuela.

A manera de conclusión pudiéramos caracterizar la lógica de la actual coyuntura política venezolana: Primero: se está operando una reformulación de las fronteras políticas que definieron el espacio democrático del país en la segunda mitad del siglo XX. Segundo: los antiguos “marcadores” están siendo sustituidos por una polarización que se expresa en bloques políticos mutuamente excluyentes. Tercero: cada vez es más reducido el ámbito para el despliegue de formas hegemónicas de la política. Cuarto: esta situación de rigidez política es propicia para el cultivo de salidas antidemocráticas de cualquier signo. Quinto: lo fundamental en la coyuntura actual no es el modelo económico, sino la restauración de la viabilidad democrática de la sociedad venezolana. Esta restauración implicaría la

construcción de un nuevo sujeto colectivo que condense la diversidad de demandas presentes hoy en Venezuela. Una conclusión final apunta a visualizar la crítica situación por la que atraviesa las instituciones venezolanas, como una señal del agotamiento del dispositivo democrático que hegemonizó el espacio político en el país las últimas ocho décadas del siglo XX venezolano.